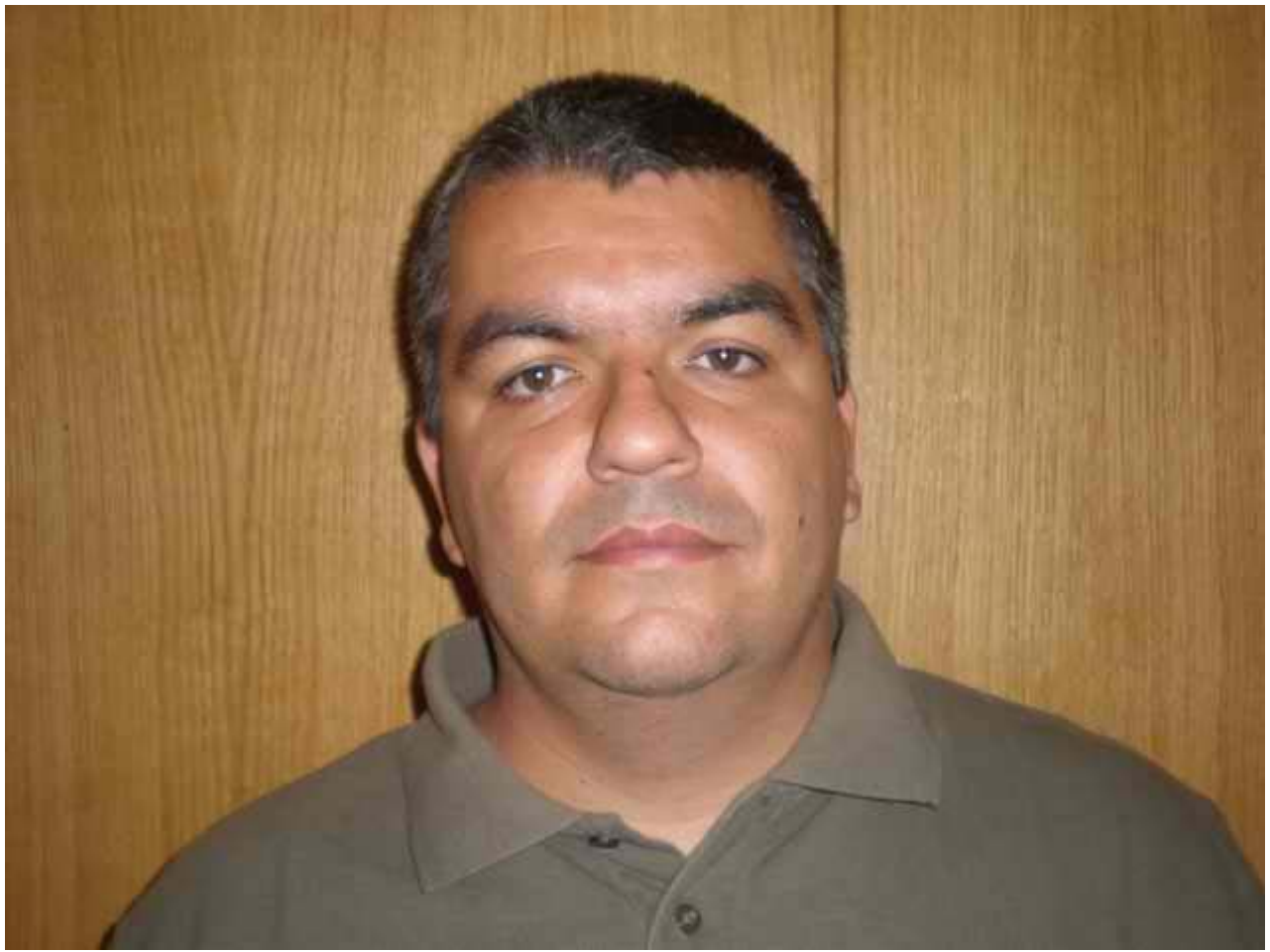




José Guillermo Fouce, coordinador de Psicólogos Sin Fronteras.
(Foto:A.G.)

Para olvidar, primero hay que recordar

José Guillermo Fouce ()*

Me gustaría comenzar esta reflexión con algunas sencillas preguntas. Cuando un día estimado lector, muera usted o muera alguien a quien quiere, su pareja, su hijo, su padre, su madre... como por nuestra condición humana resulta inevitable ¿Cómo le gustaría que le recordasen? ¿Qué le gustaría que ocurriese? Si además su muerte hubiese sido una muerte violenta, un asesinato ¿Qué le pediría a sus familiares? ¿Qué le gustaría que hiciesen? ¿Qué le pediría a la sociedad en la que vive?

Por supuesto no hay una respuesta única a estas preguntas, pero sí cabe establecer algunos elementos comunes a todas las personas. Nos gustaría que se supiese lo que nos ocurrió y se nos hiciese justicia, que se reparase nuestra pérdida a nuestros familiares, que se respetase nuestra última voluntad de ser enterrados o incinerados con dignidad, como seres humanos. Querríamos también que nuestros familiares continúen su vida, mezclando recuerdo con olvido, un olvido siempre relativo y sólo tras cumplir nuestro “deber” con el ser querido y perdido. Querríamos que la sociedad nos reconozca nuestro papel de víctimas, nos acompañe y reconozca la pérdida y lo perdido, reparándolo.

Para que se produzca además este olvido relativo primero hay que hablar, expresar emociones y sentimientos, verbalizar lo ocurrido, reconocer la pérdida, recolocar las emociones y pensamientos, habilitar un espacio de nuestra memoria para la persona perdida. Nadie en una pérdida olvida por completo, guarda en

su memoria lo ocurrido, lo aprendido con la pérdida y a la persona que perdió. Esto es lo que nos enseña la evidencia y la literatura con respecto a las pérdidas y su elaboración; en el plano colectivo, es lo mismo que señalan los derechos humanos: verdad, justicia y reparación. Pero si atendemos a otras fuentes, como la religión, lo que viene al caso dadas las circunstancias, la misma señala también la necesidad de enterrar a la persona perdida de acuerdo a las creencias, recordarla en el tiempo, homenajearla, dignificar su pérdida.

Por eso resulta hoy ingenuo, además de imposible, increíble cuando no hipócrita, cínico cuando no inmoral, “recetar o defender” el olvido, cuando además el mismo se defiende solo para los que no comulgan con las propias ideas, porque a las víctimas propias se las sigue homenajear, incluso llevándolas a los altares, cuando quien receta el olvido o lo defiende bendijo como santa cruzada la caza y muerte del otro, legitimando los fusilamientos, los enterramientos en las cunetas o la represión y el miedo a los familiares frente a toda su doctrina, la del perdón, la del recuerdo, la del propósito de enmienda o los actos de constricción.

Nadie en una pérdida olvida por completo, guarda en su memoria lo ocurrido, lo aprendido con la pérdida y a la persona que perdió

Si en ningún caso se puede decir que los dos bandos implicados en la guerra fueron y actuaron igual, mucho menos se puede decir lo mismo del tratamiento que se dio a las víctimas, unas fueron homenajeadas casi cotidianamente y lo siguen siendo, se conoció y reconoció lo que les ocurrió, se reparó económicamente y materialmente lo perdido, se enterró a los propios muertos. Mientras las otras víctimas, muchísimas más en número, siguen enterradas mayoritariamente en las cunetas, siguen sin ser reconocidas, sigue sin conocerse y reconocerse lo que les ocurrió, sigue sin repararse su pérdida.

Estas tareas pendientes, que seguirán presentes pese a que pretendan ocultarse o detener su movimiento, no pueden ser abordadas desde una óptica meramente individual, del dolor individual o de la familia, porque los hechos son colectivos y la verdad, la justicia o las reparaciones simbólicas o materiales no son de carácter individual ni pueden serlo. La sociedad debe reconocer lo ocurrido, hacer justicia, reparar a las víctimas durante tantísimo tiempo silenciadas, darles voz, escucharlas, conocer su pasado y dignificarlas, algo que va más allá de las fosas, aunque las fosas sean hoy un elemento central. Por eso, como nos recuerda Amnistía Internacional, sólo se puede pasar página, si primero se lee, sólo se puede olvidar y de manera relativa si antes se conoce lo ocurrido, se entierra a las víctimas donde corresponde, se repara a las víctimas, si se hace justicia, se las dignifica.

Acompañando a las víctimas para cerrar heridas

Con cierta frecuencia, cada vez que se habla de memoria histórica, se suele atribuir este movimiento a un asunto del pasado, a oscuros intereses de manipulación y política en el peor sentido de la palabra, cuando no suele argumentarse que en esta materia está ya todo hecho. Sin embargo, los principales protagonistas de esta historia con mayúsculas, siguen reclamando, como otras víctimas de dictaduras y represiones, lo que aún queda por hacer en los tres pilares básicos que constituyen los derechos humanos: verdad, justicia y reparación. Verdad, justicia y reparación para que se conozca lo que ocurrió, para que se rompa la espiral insoportable y patológica de tanto miedo aún presente, pese a todo, para que la historia no borre los nombres, para que se recuerde a las víctimas y lo injusto y cruel de su situación, para no repetir errores y reflexionar, para que las víctimas sean homenajeadas como merecen, para que sean enterradas donde corresponde, para que su dignidad sea reparada y su dolor acompañado, para que se respete la voluntad de los familiares y se haga justicia, reparando al menos parte del daño.

En España, como antes en otros lugares, o como sucediera con otras víctimas iguales, las de ETA o del 11

M, las víctimas piden respeto, empatía, ser tratadas con dignidad, ser reconocidas como víctimas, ser reparadas y recordadas, por eso hoy seguimos hablando de fosas, de exhumar cadáveres para sacar de las cunetas los cuerpos de los impunemente asesinados, para identificarlos, para enterrarlos donde sus familiares deseen, para homenajearlos y conocer lo que les ocurrió; seguimos hablando de romper la espiral del miedo y, por fin, hablar, contar lo que ocurrió, desahogarse, hacer también, por qué no, pedagogía con lo ocurrido; seguimos hablando de dignidades, de reconocimientos, de homenajes, de víctimas y sus necesidades, porque como dijo Forges: “El tiempo todo lo cura, menos las injusticias que las agrava”.

Por eso hoy, diferentes asociaciones que formamos parte del movimiento de memoria histórica en nuestro país seguimos uniéndonos para responder a la demanda de las víctimas proporcionándoles espacios donde hablar, donde investigar lo ocurrido, donde exhumar e identificar si es posible, las condiciones lo permiten y así lo desean los cuerpos de sus seres queridos, espacios donde empatizar y donde se posibilite que las nuevas generaciones conozcan lo que ocurrió mediante programas de sensibilización y educación en valores.

Por eso, y porque aún queda mucho por hacer, mucho por conocer, mucho por contar, mucho por desenterrar en nuestro olvidado pasado; por eso y porque para nosotros todas las víctimas son importantes y es vital responder a sus necesidades de verdad, justicia y reparación, desde la [ARMH](#) y [Psicólogos sin Fronteras](#) Madrid hemos decidido dar un paso más en el trabajo con los familiares, del que tanto estamos aprendiendo estos años, y hemos creado una oficina de atención para ellas, para recibir, apoyar y acompañar sus necesidades de verdad, de justicia y de reparación que compartimos plenamente y con las que nos comprometemos sin duda para defenderlas.

(*) José Guillermo Fouce es profesor de la Universidad Carlos III y coordinador Psicólogos sin Fronteras Madrid.
